

# ASÍ ES COMO TERMINA

De Daniel Mella

Un hombre lee en voz alta en medio de un huracán. Así termina la novela. Lee en la soledad de una casa –su casa– al borde del derrumbe, cercada por una naturaleza devoradora. Antes de ponerse a leer clava puertas y ventanas con crucetas para no dejarse perturbar por ninguna tentación del mundo. Así que, aunque afuera amanece, el hombre lee en la oscuridad.

Lee unos viejos pergaminos escritos por un gitano. Fueron escritos cien años atrás y nadie, hasta ahora, los ha leído. El hombre los rescata de un cuarto de la casa invadido por insectos luminosos y plantas prehistóricas y se los pone a leer, allí mismo, en voz alta.

El viento se pone a soplar cuando el hombre se salta varias páginas –once, para ser exactos– buscando, en esos pergaminos, el relato de cómo fue concebido.

Porque de eso tratan los pergaminos. Cuentan, en verso, la historia de su familia, de la que él es el último sobreviviente. Están escritos en una lengua extraña y antigua, una lengua que él no conoce, y nadie jamás ha podido descifrarlos. Ahora, sin embargo, en las últimas páginas de la novela de la que él es un personaje, los descifra. Los descifra dentro de la casa donde, pocos días atrás, su mujer ha muerto luego de dar a luz al único niño concebido con amor de toda su estirpe, el que por eso iba a renovar la sangre de esta familia maldita. Sin embargo, el niño también ha muerto: su padre vio cómo se lo llevaban las hormigas hecho un pellejo. De esa familia, entonces, solo queda este hombre. Un hombre que descifra pergaminos hasta ahora mudos.

Eran profecía cien años atrás, cuando fueron escritos. Hoy, mientras el hombre los descifra en medio del huracán que acabará con su vida y con su apellido de forma definitiva, son historia. Los lee de pie y a viva voz de principio a fin porque, ahora que ya no queda nadie más, y ahora que ha solucionado el enigma de su concepción, el hombre quiere conocer cuál es su destino.

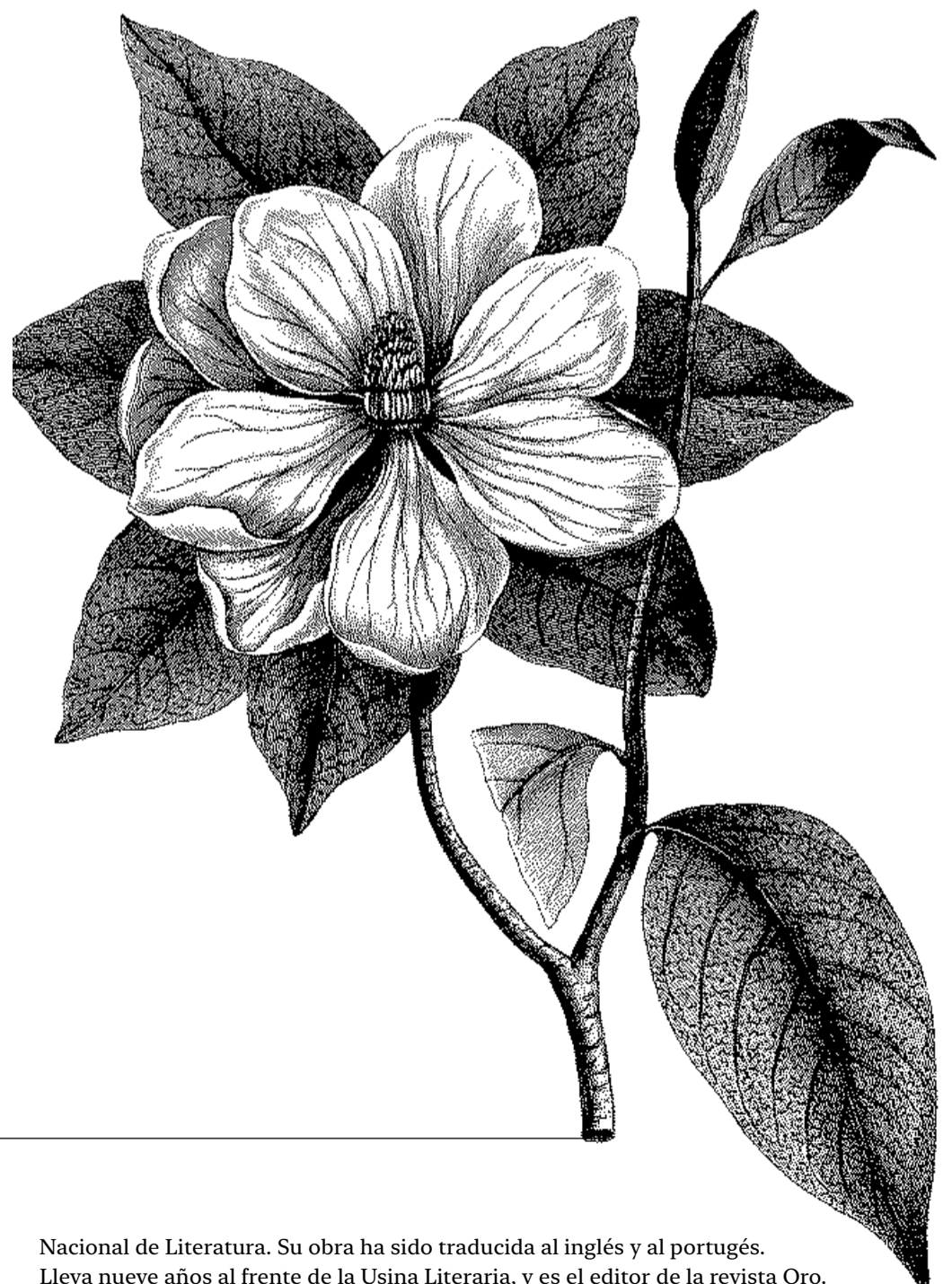
Pero no todo lo que está escrito en los pergaminos es historia todavía. No todo se ha cumplido. La parte en la que el último de la familia maldita lee en la oscuridad en medio del huracán se está cumpliendo recién ahora, en este instante. Y cuando llega a esa parte, el hombre que lee comprende, antes de descifrar el verso final, que nunca saldrá de ese cuarto. Morirá cuando termine de descifrar los pergaminos en medio del huracán.

El hombre es el único que puede descifrar aquella lengua antigua y lo hace con facilidad, como si se tratara de su castellano natal, porque el hombre tiene don de lenguas y por-

que así está escrito en aquellos pergaminos, y todo lo que ahí se dice tiene la fuerza de una ley o de un hechizo.

O quizá se junten dos necesidades: la que tiene el hombre de conocer su destino, y la de los pergaminos, que llevan cien años dormidos o muertos y necesitan cumplir con su destino particular de palabra escrita, el de despertar a la vida cuando alguien finalmente los lea, en voz alta, aunque sea por el más breve de los instantes, aunque sea en la oscuridad.

Lo cierto es que todo esto ocurre porque el hombre no es cualquier hombre, ni siquiera es un hombre. Es un personaje, un signo entre la multitud de signos que acaban por conformar una novela, famosa porque en sus páginas todo puede ocurrir, no como en la realidad, en donde ningún hombre sería capaz de descifrar su destino leyendo de ningún libro mientras a su alrededor todo se derrumba.



**Daniel Mella (Uruguay).** Es autor de cinco novelas y un libro de cuentos. Ha recibido el Bartolomé Hidalgo en dos ocasiones, por su libro de cuentos Lava y por su novela El hermano mayor, los que recibieron, también, el Tercer y Segundo Premio

Nacional de Literatura. Su obra ha sido traducida al inglés y al portugués. Lleva nueve años al frente de la Usina Literaria, y es el editor de la revista Oro.